

# Fermentación estática

## Primer capítulo

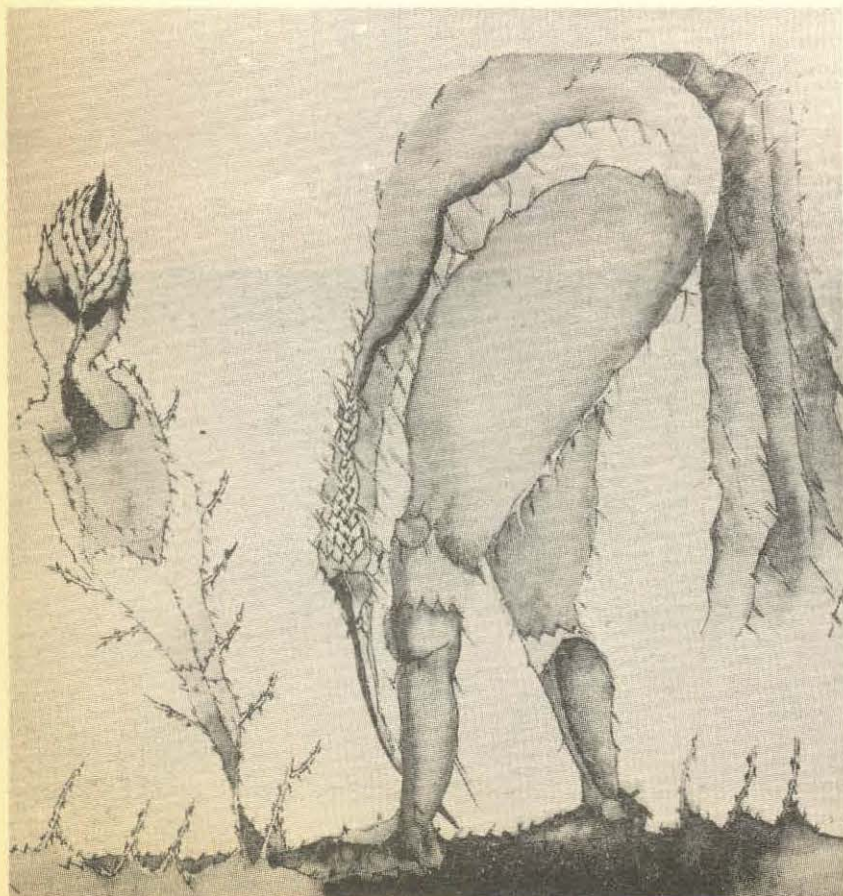
*Samuel Beckett*

**E**n una noche o en un sueño, se ve sentado ante una mesa, con el mentón en la mano; luego mira cómo su alma se levanta y se va. Una noche o un día. Una luz le llega desde la ventana. Luego se encuentra un banco, sobre el cual, si quiere o puede, acostumbra trepar para ver el cielo.

La razón por la cual no se asoma, para ver lo que está abajo, se debe quizá a la simple circunstancia de que la ventana no está hecha para abrirse. O porque él no puede o no quiere abrirla. Quizá conoce muy bien lo que está abajo y no quiere volverlo a ver. Por lo tanto, se limita a quedarse suspendido en la tierra. Y mirar a través del vidrio el cielo sin nubes.

Traducción de  
Laura Rosseti  
y José Alberto Castro

84 Tomado de *L'Espresso*



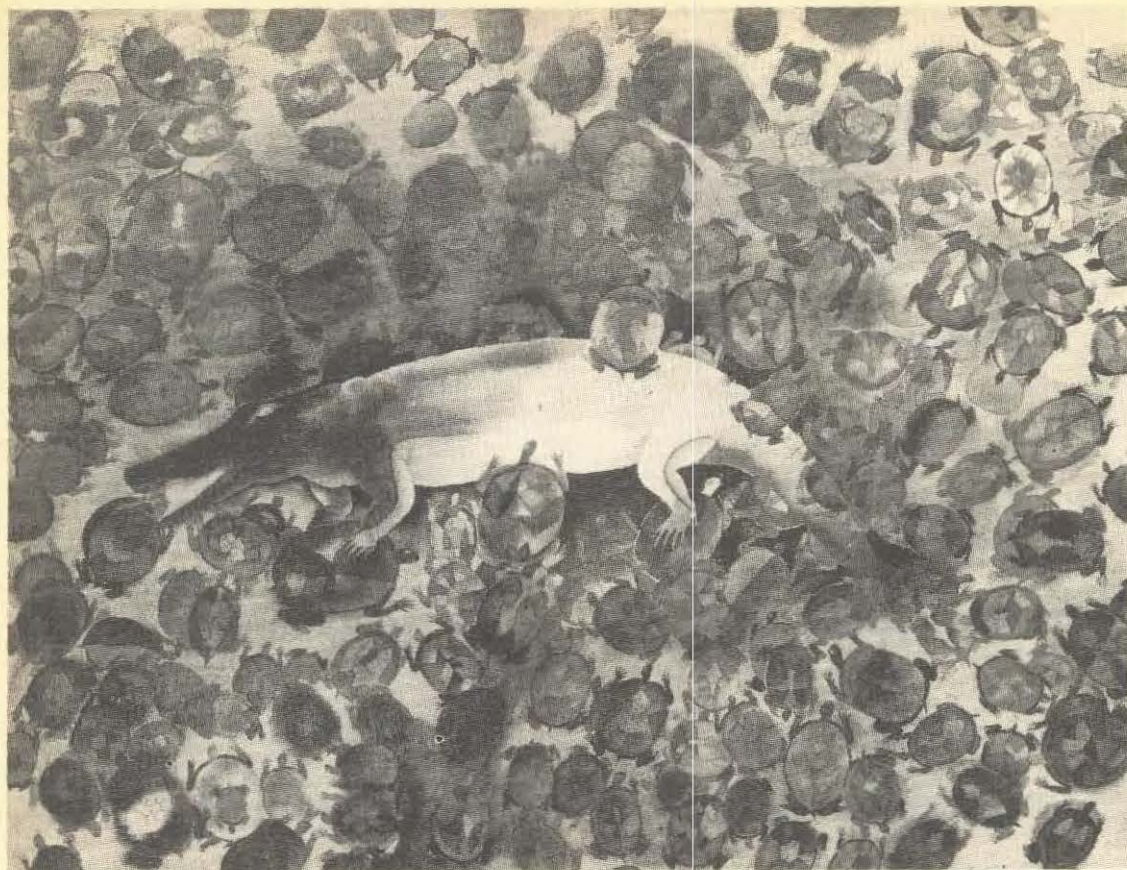
En varias ocasiones llegó la luz endeble e inmutable, diferente de cualquier otra. Una luz nunca vista ni recordada por él, desde los días y las noches de su infancia, cuando la vida era solamente día y noche. Aquella luz externa es el aviso de que su alma se va; esa extraña energía absorbe la única luz que posee, la luz de su ánima. Esa noche o día se queda solitario y a oscuras. Tarde o temprano la luz y su alma regresan. Una noche o un día.

De nuevo está sentado ante la mesa, con la mano en el mentón; de repente ve a su alma levantarse e irse. Nada puede hacer, sólo se limita a esperar y quedarse agarrado a la mesa. Ahí se queda sentado muchas horas. Permanece inmóvil y en silencio. Más tarde la luz y su alma regresan. Se levanta y empieza a caminar con pies invisibles. Tan lento que todos los clientes del café notan que se ha ido. Como cuando desaparecía solitario para aparecer de nuevo en otro lugar.

La historia es siempre la misma, aparece solitario en el café, se sienta ante la mesa, con el mentón en la mano. Recuerda que ahí se enteró de la muerte de Darly, fulminado por un cáncer. En ese mismo lugar le avisaron cuando otros amigos desaparecieron, no importa si antes o después. Algún día también a él le tocará su encuentro con la muerte. No importa, él, mientras esto ocurre, está sentado ante una mesa, con el mentón en la mano y todavía tiene un poco de esperanza. Cuando desaparezca y vuelva a aparecer, ya no será un aparecido. No habrá miedo, simplemente la espera, la espera de ver si aparece o desaparece.

Él sabe que se ha quedado solo en la espera. Una imagen pasa por su mente: se ve a sí mismo, caminando con el abrigo y sombrero de siempre, como hace tiempo, cuando vagaba por las calles, las calles secundarias.

Ahora anda como alguien que busca la salida, en una sala cinematográfica oscura. Una salida a la calle. Una esperanza. También escucha —con frecuencia— un lejano reloj que toca las horas y las medias horas. Ese



reloj sonó cuando murió Darly. En aquella ocasión escuchó toquidos, a veces claros, como si el viento los trajera, y a veces leves, sobre el aire inmóvil.

Posteriormente, sentado ante una mesa, con el mentón en la mano y un poco de esperanza, desea que las horas y las medias horas no transcurran. Cuando suenan los toquidos, parecen gritos lejanos, a veces leves y a veces claros. Por suerte, cuando tocan las horas y las medias horas, o cuando se escuchan los gritos, éstos desaparecen rápido, al instante. Luego viene la espera. Pasa una media hora y él sigue esperando.

En el paso de una hora a otra, de vez en cuando, levanta la cabeza, lo suficiente, para verse las manos.

La noche es larga y singularmente silenciosa; él cree acordarse de los rumores de la ciudad, quiere oírlos. Sin embargo, a su alrededor sólo hay silencio. Una mano apoyada sobre la mesa y la otra suspendida en el aire. Levanta su cabeza, unos segundos, para ver sus manos envejecidas.

De repente, escucha unas voces, nota unos movimientos. Pasan las horas y las medias horas; desilusionado constata que nada se ha movido, nadie ha hablado. Ahí, donde él está, no sucederá nada; ahí no habrá nadie en mucho tiempo. Y las voces, vengan de donde vengan, estarán bien muertas.

No obstante, él regresa siempre al mismo

lugar, caminando por las calles secundarias, noche tras noche, envuelto por la oscuridad, realizando esa extraña práctica de medir la oscuridad en lo ancho y lo largo. Oscuridad relativa, noche efímera. Escenario en donde él se mira como un extraño. Mientras camina, varias ideas lo obsesionan:

Desaparecer de nuevo y aparecer en otro lugar, sin tener que demostrar quién es. Ninguna pared que traspasar, no identificarse. Ninguna mesa a la cual regresar. Levantarse, irse y alejarse lo más lejos posible. Estar en el mismo lugar, como cuando sea medido, a lo largo y a lo ancho, para ser despachado al otro mundo. Estar en dos lugares. Irte a un lugar en donde nadie te conozca. Levantarse e irse de ese lugar, como siempre. Desaparecer y aparecer en otro lugar, en donde tienes que demostrar que no eres quien ellos piensan. Ser confundido con otro. Escuchar los toquidos del reloj. Contar las horas y las medias horas. Oír gritos.

De nuevo, aparecer en el mismo lugar, sentarse ante una mesa, con el mentón en la mano y un poco de esperanza. Más tarde, mirar cómo su alma se levanta y se va. Una noche o un día. Luego, simplemente esperar.